

LIBRO SESTO.

ARGUMENTO.

Gozo de Tulio al volver á ver á Numa. Esmero y cuidado de este en su asistencia. Prudentes consejos del pontífice: muere en los brazos de Numa. Dolor y arrepentimiento de este. Vuelve á buscar á Hersilia. Pasa por un pais asolado y destruido por esta princesa y llega á Roma lleno de horror. Arenga de Rómulo á su pueblo y respuesta de Tacio. Preparativos del himeneo de Hersilia y Numa. Sangrienta muerte de Tacio: Numa le socorre y jura dar la mano á su hija.

Numa fatigaba los hijares de su caballo y seguía llorando la corriente del Anio; huía de una amante idolatrada en el instante que iba á asegurarle su posesion, y renunciaba á la gloria de triunfar en Roma. Mas con todo, no era esta la verdadera causa de su llanto, y sí el peligro en que estaba Tulio y el arrepentimiento de haberle podido olvidar, no pensando mas que en su

Lib. VI.



ciega pasión. Temia las quejas del venerable viejo, pero aun recelaba mas hallarle sin vida. Si yo no le hubiera abandonado, se decia, quizas no habria llegado tan pronto el fin de sus dias, ó á lo menos mi presencia hubiera suavizado sus penas. Mi primera obligacion y la mas sagrada debia ser volverle en su vejez los cuidados que empleó en mi infancia. He sido ingrato á su amor, esta idea llenará mi vida de amargura. No podrá la gloria consolarme. ¿Qué importan las alabanzas del mundo entero, cuando nuestra conciencia nos acusa interiormente?

Así habla Numa atravesando por los campos de Carséoles; sin detenerse un instante, deja atras la amable Tíbur, la caída del Anio, el monte Ereto y comienza á descubrir la selva sagrada y los tejados del templo. ¡Oh qué complacencia siente su alma al considerar y volver á ver el sitio de su nacimiento! ¡Qué efectos tan dulces y tristes á un tiempo mismo escita en su corazón! Pero un interés mas vivo le arrastra, llega á la casa del pontífice, pregunta, le busca y le halla tendido en su lecho rodeado de sacerdotes y de pobres.

Al verle prorumpe en ayes lastimosos, se arroja de rodillas al lado de la cama, y tomando una de sus manos la cubre de besos y de lágrimas. El anciano, cuyos débiles ojos estaban cerrados, los abre y conoce á Numa: al punto aparece en su rostro un rayo de nueva vida y recobra el aliento que iba á dejarle para siempre. ¡Oh hijo mio! exclamaba, ¿es posible que vuelva á verte! Los dioses han oido mis plegarias. Ven no tardes á echarte en mis brazos; temo que

el gozo me acabe antes de haberte abrazado. Diciendo así, se incorpora con trabajo y estiende sus débiles brazos hácia Numa; le recibe en ellos, le estrecha contra su pecho y no puede ni hablarle, ni separarse de él. El jóven baña con su llanto el rostro del venerable anciano y no le habla mas que con sollozos, elocuente lenguaje de las almas sensibles.

La conmocion que Tulio habia padecido, acaba de debilitar sus fuerzas: cae en el lecho sin movimiento y casi sin vida, pero siempre asido de la mano de Numa. Se le administraron los mas eficaces remedios, pero solo la voz de su hijo puede volverle á la luz. Apenas recobrado, pide que le dejen solo con él. Entonces vuelve á abrazarle diciéndo: ya pueden los dioses cortar el Lilo de mi vida; he vuelto á verte y muero contento. Si tuviera mas tiempo para disfrutar de tu vista, te haria algunas reconvençiones, pero apenas bastarán á mi ternura las pocas horas que me quedan. Cuéntame pues, hijo mio, lo que has hecho; no dudo que la fortuna te ha favorecido, puesto que no has necesitado de mis consejos ni consuelos. Refiéreme lo que te ha sucedido: tus palabras detendrán mi alma fugitiva, ó á lo menos me harán mas dulce la muerte, si los últimos acentos que lleguen á mi oido, me aseguran de que te dejo feliz y virtuoso. ¡Ah padre amado! responde Numa, ya no hay felicidad para mí si los dioses no te alargan la vida, si no se apiadan de mis lagrimas y desconsuelo. Continuamente me despedaza el remordimiento de mi proceder y olvido ingrato.

o hables de mi, le dice el anciano, cuando te

pido que me refieras tus sucesos; esto es lo único que puede interesarme. No me has olvidado puesto que me amas todavia: me doy por contento, y solo quiero que me hables de mi hijo: este único deseo es el que has de satisfacer. Si has incurrido en alguna culpa, no temas confesármela; ya debes conocer á tu padre, y ciertamente no se armará de una severidad impropia, cuando va á separarse de tí para siempre.

Hablando así, alargaba una mano á Numa, y á pesar de los dolores que le atormentan, le mira con dulce sonrisa. Esta suma bondad, disipa los temores y dudas de Numa, y le presta valor para referirle su llegada á Roma, la acogida que halló en Tacio, el amor que le consume y todo lo que esta pasion le ha hecho ejecutar. La pura verdad reina en todas sus palabras se confiesa culpado en no haber seguido los consejos de Tulio y en el abandono con que ha pagado el amor de Tacio, y lejos de disminuir sus faltas, apenas se detiene en contar sus proezas.

Tulio le escucha y no siente sus males: su ternura suspende los dolores. Pero al oír que Hersilia es el objeto del amor de su hijo, levanta los ojos al cielo. ¡Cruel amor, esclama, estos son tus golpes! Llenas el virtuoso corazon de este incauto jóven de un violento amor por la hija de aquel rey impio que nos obligó con una injuria cruel á ser sus aliados; de aquel malvado, que sirviéndose del nombre de los dioses nos hizo caer en sus lazos, y llenó toda la Sabinia de llanto y desolacion. ¡Oh hijo mio! me horrorizo viendo los peligros que te cercan. Crees haber llegado al colmo de la dicha, porque Rómulo te

ha prometido su hija, y yo lloro las espantosas resultas de ese fatal himeneo. No bien serás yerno de Rómulo, cuando perderás el amor de los sabinos: serás sospechoso á su rey Tacio, y en breve te verás forzado á ser su enemigo. No te lisonjees de ver durar mucho tiempo la armonía que subsiste entre los dos reyes: el odio está como fuego oculto en el centro de sus corazones; la menor chispa producirá un incendio, y entonces te verás en la dura precision de declararte contra el padre de tu esposa, ó contra al amigo de tus padres. Dudaras, puesto entre tu rey legítimo, hombre justo y virtuoso, y un rey de foragidos, que nunca ha conocido otro derecho que la fuerza, ni otra virtud que el valor; cuya primera hazaña fué la muerte de su hermano, y que selló su alianza con los sabinos con tu misma sangre, la sangre de Pompilio. ¡Te estremeces! pues á este vas á dar el nombre de padre. ¡Dioses, haced vanos mis funestos presagios, ó arrancad de este inocente pecho la emponzoñada saeta que le hace olvidarse de la virtud, de la piedad y del sagrado amor de la patria!

Así hablaba el viejo, y Numa le oía con los ojos bajos, y sin atreverse á responder: el nombre de Pompilio le habia confundido. Tulio se compadece de su cruel situacion; teme aflijirle mas con severas reflexiones, y rompiendo aquel penoso discurso, deja para otra ocasion los útiles consejos que quiere darle antes de morir. De este modo divide en varias dosis, el diestro discípulo de Esculapio, la saludable pero violenta medicina que ha de curar al enfermo debilitado. Desde aquel instante, Numa se encarga solo

del cuidado y asistencia del paciente. A su lado dia y noche, vacilando entre la esperanza y el temor, vela incesantemente y participa de todos sus dolores. La tierna madre que cuida de su hijo peligrosamente enfermo, no tiene mas celo, mas cuidado, atencion y paciencia que Numa. Si Tulio toma alguna bebida, la mano de su hijo se la ofrece; si Tulio dice una palabra, la respuesta viene siempre de la boca de su hijo. Le compadece, le anima, disimula su dolor, por no aflijirle, y aparenta una serenidad y esperanza que no tiene. Desempeña á un mismo tiempo todas las obligaciones de hijo, amigo y esclavo; y el vencedor de Leonte no ha sacado de su victoria un gozo tan puro, un placer tan grato á su alma, como el que experimenta sirviendo á su bienhechor.

Pero el mal crece cada dia: la última hora de Tulio se acerca y esta idea no le causa temor alguno: el virtuoso pontífice ha vivido siempre para morir. En cada instante de su vida ha estado pronto á comparecer delante del tremendo Juez; todos sus dias han sido semejantes, y el instante que va á acabar su vida empieza su recompensa.

El bien de Numa es el pensamiento que el ocupa. Pide que le dejen solo con él, y tomándole de la mano que estrecha entre las suyas, le dice: voy á morir, hijo mio; tu asistencia y desvelos han pagado aun mas de lo que me debes. Tulio es ahora el obligado, y este es un nuevo consuelo que le acompaña al sepulcro. Dentro de breves instantes no necesitaré de Numa y temo que bien presto Numa me echará menos.

¡Oh, y qué dolorosa me es esta idea! Tu amor á Hersilia llena mis últimos momentos de amargura y de terror. Tu corazón escitado de la necesidad de amar, se ha entregado ciegamente al primer objeto que le ha seducido, y de un instante de ilusion han nacido todos tus errores. Hay dos amores nacidos para la felicidad ó desgracia de los mortales. El uno, que es el mas comun y el mas ardiente, es el que te consume. Este funda su imperio sobre los sentidos, nace y vive por ellos: discurre por nuestras venas, pero no está en el corazón; lejos de elevar las almas, las oprime: ni necesita estimar el objeto de su ardor, pues solo aspira á la posesion. Nada tiene que ver este despreciable amor con nuestras almas: juzga pues si podrá hacernos felices. No, hijo mio, y si los dioses le han dado algun poder sobre el hombre, ha sido por humillar nuestro orgullo.

El otro amor, don precioso del cielo, nace del aprecio y estimacion, y se alimenta y vive por ellos. Mas bien que pasion, se le podia llamar virtud: no padece los ciegos furios del otro, y solo conoce afectos tiernos y moderados. Su asiento está en el alma: la caliente sin consumirla y la aluabrá sin quemarla. Suministra además el alimento propio del espíritu, que es el deseo de llegar á la perfeccion. Sus placeres son siempre puros, y aun sus penas tienen algo de agradable: en medio de los mayores males, hace disfrutar de una dulce paz interior, y esta sola es la fuente de la felicidad. Tú mismo lo experimentarás; algun dia conocerás, hijo mio, que las riquezas, los deleites y aun la misma gloria, son

de poco valor para suplir la pérdida de la paz que dá la inocencia; tal es que la vejez que todo lo destruye, parece que le dá nuevas dulzuras.

Dime ahora á cual de estos amores se semeja el que reina en tu corazón. ¡Oh Numa, cree á un padre que te ama, y que solo echa de menos la vida para velar en tu felicidad! Nunca conseguirás esta, mientras no seas dueño de tí mismo, y que no adquieras sobre tus pasiones un imperio soberano. Sobre todo, no incurras en el error de creer que este dominio es superior á nuestras fuerzas. Entra en tu interior, y hallarás una virtud pronta siempre á oponerse al vicio que quiere sojuzgarte. Si la belleza arrebatara tus sentidos, la sabiduría está dispuesta á defenderte: si las tareas excesivas te cansan, el valor y la constancia te sostendrán: si el poder injusto te exaspera, el amor del orden te hará ser sumiso: si las desgracias te oprimen, la paciencia te dará auxilios. Así que en todas las situaciones de tu alma, el cielo te ha provisto de consuelo y apoyo. Aprovecha de los beneficios del Criador, y deja de juzgarte débil por hallar escusa á tu caída.

Pero conozco que la muerte se acerca y que me va faltando la voz. ¡Oh hijo mio! te ruego encarecidamente que ahogues ese funesto amor que te hará infeliz para siempre. Tú mismo confiesas que fué poderoso á que olvidases á Tulio, ¿quién te asegura que no podrá hacerte olvidar la virtud? He visto que me amabas tanto como á ella.

Estas fueron las últimas palabras de Tulio. De allí á poco espiró en los brazos de Numa,

hablándole de su cariño y dirigiéndole hasta su último suspiro.

Por mas prevista que tuviese esta muerte, faltó poco para que costase la vida al hijo de Pompilio. Fué preciso arrancarle del cadáver del pontífice, y reprimir los desesperados impulsos de su dolor. Rendido de la falta de sueño, de la pena, falta de alimento y deshecho en un mar de lágrimas, quiso con todo Numa llevar él mismo á la hoguera el cuerpo de su bienhechor. Se le vió precedido de los sacerdotes y sabinos, pálido, trasojado y lloroso, ir cargado del precioso peso. Le coloca en la pira, le mira largo tiempo sin pestañar: le abraza mil veces y no puede resolverse á separarse de él.

¡Oh padre mio, esclama; ya no volveré á verte! ¡Ha enmudecido esa boca que me aseguraba de tu amor! ¡Se han cerrado para siempre los ojos que me miraban con tanta espresion de ternura! Dioses, que ya me habíais quitado mis padres ¿porque volveis de nuevo á oprimirme con esta cruel desgracia? Sí, hoy pierdo nuevamente á Pompilio, á mi padre, á mi maestro y bienhechor. Todos los bienes que los cielos conceden al hombre para su consuelo, todos los he perdido con Tulio; ya la tierra es para mí un desierto. ¡Venid, ó vosotros pobres, desconsolados y afligidos! ¡Quedais huérfanos como yo; nuestra comun desgracia nos hace hermanos! ¡Venid y besad por la última vez los despojos venerables del buen padre que hemos perdido!

Todos los pobres se adelantan y rodean la pira: los sabinos solemnizan con amargo llanto la pérdida irreparable que han hecho. No se dis-

tinguen voces articuladas; solo se oye el triste ruido de profundos y mal formados gemidos. Crece el dolor comun al ver las llamas cebarse en la hoguera. Numa se arroja, por un movimiento involuntario, á querer sacar el cuerpo; pero le detienen y en breve consume el fuego la parte mortal del mas justo de los hombres. Entónces sucede un profundo silencio á los llantos y gemidos. Los sabinos, los sacerdotes y el mismo Numa, miran penetrados aquel monton de cenizas, único resto del que lloran: todos ven y miran con dolor el polvo mudo del hombre de bien.

Riegan despues las cenizas con vino, las recojen y encierran en una urna que Numa mismo lleva á la bóveda en que descansan las cenizas de sus padres: unidos estaréis, dice, despojos que adoro, así como lo estuvísteis cuando viviais: ¡Ojalá puedan vuestras almas puras é inocentes alegrarse en los Eliseos, ya que no de las virtudes de vuestro hijo, á lo menos de su amor y piedad! Entnces cortando su rubia cabellera, la consagra á los manes de Tulio: sacrifica diez ovejas negras á Pluton, y con esto dió fin á tan lastimosas exequias.

Despues de haber cumplido con estos tristes deberes, partió Numa para volverse á unir con las tropas, meditando los consejos de Tulio. Pero en vano conoce la verdad de sus avisos, los riesgos que le rodean y el dolor que va á causar á Tacio y su pueblo; en vano tambien experimenta un oculto horror, considerando que va á ser el yerno del que ha causado la muerte de sus padres, la imagen de Hersilia, el temor de

verla en los brazos de un rival; en fin, todos los fuegos del amor y los tormentos de los celos, se reunen para vencer su piedad y su razon. Gime al conocer que no sigue los consejos del pontífice, habla con sus manes y los suplica perdonen su debilidad. Desde la muerte de Tulio, creyó siempre que la sombra de éste le seguía, y era fiel y rígido testigo de sus acciones y pensamientos; á este saludable temor debió todas sus virtudes.

Creía Numa hallar el ejército en las fronteras de los Hérnicos, pero supo en Trebia que Rómulo, con la mitad de su gente, habia ido á sorprender á Prenesta, y que en tanto Hersilia iba contra el rey de los hérnicos. El haber aquel príncipe negado el paso á los romanos, cuando iban contra los marsos, le pareció al implacable Rómulo un ultrage. Mandó á su hija que tomase sangrienta venganza, y esta cruel princesa le habia obedecido puntualmente. Numa que recela algun riesgo para Hersilia en esta expedicion, se apresura por hallarse á su lado y camina dia y noche. ¡Quién podrá pintar su sorpresa y dolor, cuando llegando á los términos de los hérnicos, ve los pasos de Hersilia señalados con la ruina y desolacion del país! Sus debiles enemigos huian, y ella los perseguía con el hierro y el fuego. Las mieses destruidas por los pies de los caballos, los árboles cortados, las ramas esparcidas lejos de los troncos y que, en alguna fruta que conservan, manifiestan su anterior fertilidad. Ve los pueblos todavía encendidos ó reducidos á montones de ceniza: el cruento acero se ha cebado en cuantos no han podido huir; el

cadáver del labrador yace al lado de su arado y bueyes hechos pedazos: yace la madre desnuda y mutilada con el hijo muerto en sus brazos. La esposa y el esposo, traspassados de heridas, yacen nadando en su negra sangre, asidos todavía de sus yertos y sangrientos brazos. Por todas partes mira las cenizas regadas de arroyos de sangre: los abantos y hambrientos buitres son los únicos habitantes de aquella region devastada, y se disputan con ansia y tristes gritos los crueles dones de Hersilia.

¡Oh dioses inmortales! esclama Numa, ¡Será mi esposa la autora de tantos horrores! Es esta la pompa de mi himeneo! ¿Es posible, Hersilia, que hayas cometido semejantes atrocidades? Si Rómulo las ha mandado, ¿porqué te has encargado de tan horrible ejecucion? Por grande que sea el respeto que se le debe á un padre y á un soberano, es mayor el que se debe cualquiera á sí mismo y á la humanidad, y si un rey manda un delito, se muere antes que obedecerle. Y yo, insensato que venia á socorrerla, yo que pedía al viento sus alas, á cada paso tropiezo en una víctima de su furor. Derecho execrable de la guerra, ¿son estas las acciones que permites? ¡Hé aquí el fruto que han producido mis hazañas; estas son las consecuencias de aquella gloria por la cual ciego he abandonado todo! Sí, he olvidado á Tulio, he desamparado á Tacio y todo para ser el compañero de los tigres que han derramado tanta sangre, y cuyo furor y sed de estragos he igualado en los combates. ¡Y he podido creerme un héroe! ¡Oh Tulio, perdona mi ciego error! Para siempre le desecho de mi alma. El

verdadero héroe es el que defiende su patria en peligro: pero el rey, el guerrero que derrama una sola gota de sangre sin necesidad, es una fiera que los hombres aplauden porque no pueden encadenarla.

Al punto huye Numa lejos de aquella escena de horrores; renuncia á seguir los pasos de Hersilia, temiendo ser espectador de sus crueldades; vuelve atras, sale de las tierras de los hérnicos, y con el corazon amancillado y lleno de vergüenza de ser guerrero, toma tristemente el camino de Roma.

Ya todo el ejército habia llegado, y á la sazón Rómulo estaba dando gracias á los dioses por todo el mal que habia hecho á los hombres. Modo impio de ennoblecer sus crueldades, procurando asociar á ellas á los inmortales.

Numa fué al Capitolio en donde estaban tambien Tacio, su hija y los sabinos. Apenas el buen rey le descubre, corre á él con toda la velocidad que sus muchos años le permiten, y estrecha entre sus brazos al hijo de Pompilio. Llorra el anciano de gozo al volverle á ver, pero en breve llora de pena al saber la muerte de Tulio. ¡Oh desgracia de la vejez, esclama, todo lo que se ama nos va dejando! Ya no me queda mas que tú y mi hija; en vosotros voy á reunir todos los afectos de mi alma, y me queda el dulce consuelo de espirar en vuestros brazos. Así dice, y uniendo la mano de su hija con la de Numa, las estrecha ambas contra su corazon. Tacía se inmuta, su mano tiembla al tocar la de Numa; baja los ojos y no se atreve á mirarle.

Pero el héroe buscaba á Hersilia, La ve al

lado de Rómulo: esta vista vuelve á dar á su passion toda su violencia, y borra en un instante todos los consejos de Tulio. Procura corresponder prontamente á las caricias de Tacio, y saludando á su hija con frialdad, corre á presentarse á Rómulo: éste le recibe con los brazos abiertos, y presentándole al pueblo, pide que le oigan.

Romanos, les dice, hoy me habeis visto triunfar; pero Numa es el que ha merecido el triunfo. A Numa debo la victoria, y en justa recompensa quiero darle la que tantos reyes han pretendido en vano, la que ha despreciado tantos héroes: mi hija Hersilia.

Dice, y los romanos aplauden con aclamaciones; pero los sabinos guardan profundo silencio. Tacio queda inmovil, como un hombre que ha visto caer un rayo á sus piés; Tacía, perdido el color, se arrima á su padre. Hersilia que advierte su turbacion, la mira con ojos descontentos. Numa avergonzado y poseido de una interior zozobra, mira con inquietud á Tacía, Hersilia, Tacio y los sabinos.

Rómulo, sin darse por entendido, prosigue. Mañana se efectuará este augusto himeneo sobre este mismo altar, tantas veces cubierto con los despojos de la Italia, y le haré celebrar con juegos solemnes que durarán diez dias.

Todos los sabinos, á la voz de *juegos*, manifiestan su alteracion; callan y arquean las cejas: Tacio levanta los ojos al cielo, y Numa fija los suyos en la tierra.

Rómulo continúa: despues de haber satisfecho á la deuda del agradecimiento, me ocuparé con nuevo ardor en vuestros aumentos. Acabo de

conquistar el país de los auruncos; pero esta aumentacion de territorio os será de poca utilidad, en tanto que los volcos os separen de él. Un medio hay de hacerlo util; este es la conquista de los volcos: dentro de diez dias voy contra ellos. Romanos, habeis nacido para la guerra; no podeis engrandeceros, ni aun subsistir sino por ella. La paz sería para vosotros el azote mas cruel; entorpeceria vuestro valor y enervaria vuestros brazos. Juzgad de las ventajas que tendréis siempre sobre las demas naciones, cuando sin dejar las armas de la mano, y perfeccionándoos incesantemente en el arte difícil de los héroes, atacaréis un pueblo debelado por una larga paz: aun cuando su valor igualase al vuestro (cosa por cierto imposible), no podrá igualar nunca en fuerzas, ni en esperiencias. Antes que esos debiles contrarios se adiestren peleando con vosotros, antes que hayan aprendido el arte terrible con el cual seréis sus dueños, se hallarán vencidos y sujetos. Así que atacando una despues de otra las naciones de Italia, desuniéndolas para mejor vencerlas, aliándose con las mas debiles y oprimiéndolas despues que nos hayan servido, conseguiréis, no hay que dudarlo, romanos, en breve tiempo la conquista del mundo, prometida á Roma por Júpiter. Cualquiera camino es lícito para cumplir la voluntad de los dioses, y la victoria justifica los medios que la han conseguido.

Romanos, pensad solo en la guerra: sea esta vuestra ciencia, vuestra única ocupacion. Dejad á otros pueblos que cultiven con ímprobo y humilde afán la tierra que riegan con su sudor;

dejadlos que se ocupen en acumular riquezas, por el comercio y la industria, viles invenciones de la cobardía: vosotros recojeréis los granos que siembran, y disiparéis los tesoros que guardan. Como hijos de la tierra, deben cultivarla: pero vosotros compañeros del hijo de Marte, no debeis conocer otro arte que el de vencer. Si, romanos, guerra, guerra eterna contra todos los que rehusen admitir el yugo. El universo es nuestra herencia: todos los que le ocupan son usurpadores injustos de nuestros bienes. Jamas interrumpais la noble tarea de recuperar lo que es vuestro.

Así habló Rómulo; las tropas le aplauden y el pueblo murmura. Por todas partes se oye un ruido parecido al zumbido de las ovejas cuando salen en tropel contra el enemigo, que quiere despojarlas del fruto de sus afanes.

Tacio, que hasta entonces habia estado pensativo, mira con ternura al pueblo: se levanta de su trono que estaba enfrente del de Rómulo: estiendo su cetro de oro y pide silencio. Su aspecto venerable, sus canas, la bondad y dulzura retratadas en su rostro, inspiran á todos un santo respeto. Rómulo, sorprendido y receloso, le mira con enojo: sus cejas formidables se juntan, y su frente indica la cólera del interior. Tal debia, en la asamblea de los dioses, el terrible Júpiter, mirar á Saturno que se oponia á sus decretos.

Rey y compañero mio, le dice el prudente Tacio, ningun romano hay que admire mas que yo tu valor, tu pericia militar y tu amor á la gloria: disfruto aun mas que tú propio de tus triun-

fos, y confieso con placer que en el largo discurso de mi vida, no he conocido un héroe que te se pueda comparar. Pero por grande que sea este título, no basta á un rey, y debe añadirle otro mas dulce y mas glorioso: el de padre. Mira esa porcion de tus vasallos cubiertos de acero y con las picas en las manos: son, no hay duda, hijos tuyos y como á tales los trata: pero mira tambien esta otra porcion, diez veces mas numerosa, cubiertos de andrajos, porque en vez de vestirse, han tenido que pagar esas corazas resplandecientes; son tambien vasallos tuyos y los trata como á enemigos. Les quitas el sustento, les arrebatas sus esposos é hijos; tus laureles están regados con sus lágrimas, y cada una de tus victorias se compra con su sangre. Ya es tiempo, Rómulo, que los dejes respirar y que permitas vivir á aquellos, cuyos padres han muerto por tí. Cesa pues de esterminar tus súbditos, y sobre todo nunca digas que ejecutas así los decretos de los dioses. Solo desean éstos la felicidad de los humanos: el primer don suyo fué la edad de oro, y cuando el Olimpo junto declaró á Minerva victoriosa, fué por haber producido el fructífero olivo. El único de estos inmortales que reinó en Italia fué Saturno: acuérdate como reinó, y no calumnies mas á los dioses diciendo que mandan la efusion de sangre.

Pretendes que los romanos solo pueden subsistir por la guerra: enséñame un pueblo solo que se mantenga con tan horrendo apoyo, y dime la causa de la ruina de los pueblos que han desaparecido de la faz de la tierra. ¿Conservó su grandeza la desgraciada Tébas por la guerra?

Venció, no obstante, á los siete reyes de la Argólida; y sus victorias ocasionaron su perdicion. Tus ascendientes los troyanos ¿mantuvieron su poder en la Asia por ella? La guerra es la enfermedad de los estados: aquel que con mas frecuencia la padece se arruina mas presto. Rey y compañero mio, yo te pido, en nombre de este pueblo que ha derramado tanta sangre por tí, que dés tiempo á que sus venas exhaustas recuperen la pérdida. Nadie nos declara la guerra; tus conquistas son harto dilatadas: ocupémonos, pues, del cuidado de hacer venturosos los pueblos que tu brazo ha sujetado. A pesar de mi vigilancia, no basto á reprimir las injusticias, ni á socorrer á los infelices: ayúdame en tan noble empleo. Visitemos juntos nuestros dominios tan vastos, gracias á tu valor; y cuando habrémos enjugado todas las lágrimas, cuando habrémos sacado de la miseria á los indigentes, finalmente cuando no háyamos dejado un desventurado en nuestro reino, entonces convendré gustoso en que salgas á añadirle nuevas provincias.

Dijo, y Rómulo ciego de enojo, iba á responder: en su rostro se conocia que no pensaba en conceder la paz. Pero de improviso el pueblo le rodea y no le dejan hablar: mujeres, viejos y niños, todos se arrodillan y levantando los brazos, claman: ¡la paz! ¡la paz! ¡hijo de un dios, concédenos la paz! ¡Toma cuanto poseemos, si quieres, pero danos la paz!

¡Oh hijos míos! les dice Tacio enagenado y bañado en llanto, os la prometo. Se la he pedido á Rómulo á título de amistad: ahora la exijo como su colega é igual en poder y dignidad. Si

me la niega, iré con vosotros á esperarle á las puertas de la ciudad, nos echarémos en la tierra y veremos si sus feroces soldados se atreven á hollar con los piés á su rey, á sus madres é hijos.

Al oírle todas las tropas esclaman diciendo: ¡jamás, jamás! Cada soldado arroja las armas, se mezcla con el pueblo y abrazando á los suyos, todos repiten á voces: ¡la paz, la paz!

Precisado el terrible Rómulo á ceder por la primera vez de su vida, disimula su despecho, concede una tregua con tono áspero, y se retira prontamente á su palacio: sus guardias, llamados *céleres*, le acompañan. Era éste un cuerpo de gente escojida, que habia creado para la seguridad de su persona.

Apenas estuvo en su palacio, cuando exhalando la rabia que oprimia su corazón, se desahoga con mil imprecaciones contra Tacio, y en aquellos instantes de furor, dijo estas razones imprudentes: ¡Hasta cuando pondrá obstáculos á mi gloria ese caduco importuno! ¿Es posible que no tenga yo un amigo que me libre de él? Por desgracia, algunos de los *céleres* oyeron estas últimas palabras.

Habia Hersilia acompañado á su padre, y Numa no se habia atrevido á seguirla. Apoyado contra una columna, bajos los ojos, pensativo, y comparando dentro de sí las virtudes de Tacio con los furores del que iba á ser su padre, estaba sepultado entre mil dudas. Tacio se le acerca, y le dice alargándole una mano: ¿Tú tambien, yerno de Rómulo, me declaras la guerra?

Numa, penetrado de confusion y dolor, se ar-

roja á sus piés; ¡Oh padre mio! le dice: no me atrevo á miraros, perdonadme si....

Todo lo perdono, le responde el anciano, con tal que me ames siempre. Has dispuesto de tu albedrío sin decírmelo; has contraído un enlace que será poco grato á los sabinos; dudo mucho que el venerable Tulio te lo haya aconsejado; pero en fin, si te hace feliz, todos debemos aprobarle. ¡Oh Numa! Quise ser tu padre, y Rómulo va á lograr esa dicha: no puedo menos de decirte que se la envidio. En caso que no cumpla con las obligaciones que impone tan dulce nombre, y su corazón no conoce el precio de él, siempre hallarás el mio pronto á participar de tus penas. Tacio te será deudor de mayor agradecimiento si le escojes por amigo y consuelo.

Al acabar estas palabras se aparta de Numa, y le deja cortado, lleno de turbacion, de remordimientos y de amor.

En tan cruel estado, piensa Numa hallar la apetejada calma al lado de Hersilia: vuela al palacio de Rómulo y ve los preparativos de sus bodas: al verlos se llena de gozo, pero no era puro aquel gozo: un presentimiento de temor lo acibara. Habla al objeto de su amor, oye de su boca la declaracion de su correspondencia, y el dulce éstasis que le ocasiona tan feliz seguridad, no es poderoso á desterrar de su pecho un terror secreto que le oprime. Mira á Hersilia, lee en sus ojos el amor, pero no encuentra la paz. Atormentado, lleno de zozobra, repite que el dia siguiente será el dia de su felicidad: una voz interna le grita desde lo íntimo del alma, que la felicidad está muy distante de él; la misma voz

le hace severas reconvenciones, y por mas que Numa procura creer que no son merecidas, su conciencia desvanece los sofismas de la pasion.

No pudiendo ya con tantas inquietudes, temeroso y abrasado de amor, dirige sus pasos al bosque de Egeria en donde vió la vez primera á la que ha de ser su esposa. Quiere volver á ver aquel sitio dulce á su alma; se acuerda del sueño misterioso que en él tuvo, y espera que dirigiendo sus votos á Minerva, esta deidad le volverá la tranquilidad de que tanto necesita.

Ya el último crepúsculo anunciaba las tinieblas cuando llegó al bosque. No bien ha entrado en él, cuando oye unos quejidos lastimosos: desnuda el acero y corre hácia aquellos ayes dolorosos que quiere conocer. ¡Mas qué escena se le presenta! Tacio espirando á manos de cuatro asesinos! Numa da un grito, mata dos de aquellos malvados, y los restantes huyen veloces; pero Tacio queda mortalmente herido, su sangre corre por varia bocas: apenas le quedan al desventurado anciano algunos instantes de vida. Numa le abraza, dando lastimosos gemidos: reconoce sus heridas, rasga sus vestidos, restaña la sangre, y cojiendo al rey en sus brazos, intenta llevarle á Roma.

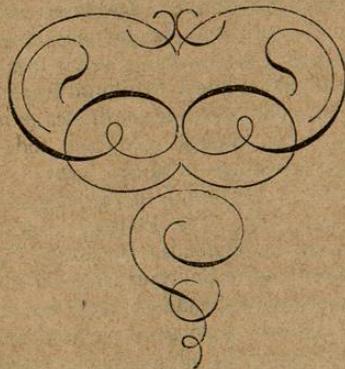
Detente, hijo mio, detente, le dice Tacio: tus fatigas son en vano; conozco que voy á espirar, y doy mil gracias á los dioses por haberme dado el consuelo de exhalar en tus brazos mi último suspiro. Numa, yo muero á manos de Rómulo; he conocido á los asesinos, son céleres, y al herirme me han dicho, que estas eran las primicias de la paz que habia dado á los romanos. El

amor que profesas á Hersilia y tu nuevo parentesco con mi asesino, te prohíben vengar mi muerte; pero espero que me concedas otra gracia mas preciosa. Dejo una hija infeliz á quien no queda mas amparo ni defensa que la tuya: su noble cuna y sus derechos al trono de los sabinos la harán aborrecible y delincuente á los ojos de Rómulo: perecerá, si le falta tu proteccion. Júrame, pues, Hijo mio, que velarás en su defensa y que le servirás de protector, de padre y de hermano. Algun dia creí que te podria dar un nombre mas tierno. Desde el punto que te ví, formé el proyecto de dártela por esposa, renunciar en tí mi corona, y vivir con vosotros, sin mas dignidad que el título de tu padre. ¡Dulce ilusion, cuan presto te perdí! ¡cuan menos dura me seria la muerte si durase todavía! A lo menos no deseches mi ruegos; ten piedad de un viejo moribundo que fué tu pariente, tu amigo y el amigo de Tulio y de Pompilio. Asido á tus piés, te suplico defiendas la vida de Tacia. ¡Sé el defensor de esta huérfana abandonada!...

Os juro, le responde Numa desecho en un mar de lágrimas, y pongo por testigo de mi solemne juramento las almas de mis padres y la de Tulio: os juro, vuelvo á decir, que cumpliré vuestra primera voluntad; que seré el esposo de Tacia; que viviré y moriré para ella, defendiéndola de sus contrarios; y finalmente, os juro que aborreceré mientras viva la familia de vuestro inhumano asesino.

No esperaba yo menos de tí, esclama Tacio lleno de gozo; abrázame, jóven adorable. Cuenta con tus promesas, y muero contento.

Dice, estrecha á Numa entre sus brazos y espira. Numa se quedó desmayado sobre el cadáver.



LIBRO SETIMO.

ARGUMENTO.

Numa vuelve á Roma con el cadáver de Tacio: Desesperacion de su hija. Numa se prepara á cumplir el juramento que ha hecho á su rey: Rómulo se lo prohíbe. Hersilia va á ver á Numa, y este resiste á sus ruegos y lágrimas. Exequias de Tacio y muerte de su hija. Rebelion de los sabinos; inhumana precaucion de Rómulo. Numa se sacrifica por su pueblo, sale desterrado de Roma y encuentra á Leonte.

Ya cubrian la tierra las tinieblas de la noche, cuando Numa volvió de su desmayo. La vista del sangriento cadáver de Tacio le llena nuevamente de horror, y le recuerda el juramento que ha hecho. Sin arrepentirse ni quejarse, solo piensa en lo que debe al difunto monarca, y temiendo que su cuerpo quede espuesto á nuevos insultos si le abandona un solo instante, le pone sobre sus hombros, y con lentos pasos se encamina á Roma. Luego que llega á las primeras